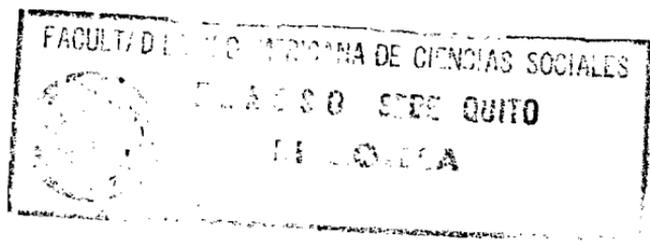


AMERICA LATINA: etnodesarrollo y etnocidio

Guillermo Bonfil — Mario Ibarra
Stefano Varese — Domingos Verissimo
Julio Tumiri — Et Al

Edición: Francisco Rojas Aravena



ediciones
FLACSO

colección 25 aniversario
San José, Costa Rica, 1982

Primera Edición:
Ediciones FLACSO
Diciembre de 1982

© Ediciones FLACSO

Este libro es editado por la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO. Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

305.8

A512a

América Latina: Etnodesarrollo y etnocidio / Guillermo Bonfil (y otros). -- Ediciones FLACSO a cargo de Francisco Rojas Aravena. -- San José, C.R. : EUNED, 1982.
320p. : (Colección 25 aniversario)

ISBN: 84-89401-02-0

1. Etnología - América Latina. 2. Indios - Cultura. 3. Indios - Lengua. 4. Ciencias Sociales.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED
Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total o parcial
Hecho el depósito de ley

CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i>	7
<i>PRESENTACIÓN</i>	9
Introducción: Los Derechos de los pueblos JACQUES BOISSON	13
Declaración de San José sobre Etnodesarrollo y Etnocidio en América Latina	21
Resoluciones y Recomendaciones de la Reunión sobre Etnodesarrollo y Etnocidio en América Latina	29
Políticas Indigenistas y Reivindicaciones Indias en América Latina 1940-1980 MARIE CHANTAL BARRE	39
Organismos Internacionales: Instrumentos Internacionales Relativos a las Poblaciones Indígenas MARIO IBARRA	83
El Etnodesarrollo: Sus Premisas Jurídicas, Políticas y de Organización GUILLERMO BONFIL BATALLA	131
Límites y Posibilidades del Desarrollo de las Etnias Indias en el Marco del Estado Nacional STEFANO VARESE	147

Indoamérica y Educación: ¿Etnocidio o Etnodesarrollo? SALOMON NAHMAD	161
La Fragmentación Lingüística: Prolongación de la Fragmentación Colonial NEMESIO RODRÍGUEZ	185
Los Problemas del Etnodesarrollo de una Población India en América del Sur: El Caso de los Cuivas en Venezuela FRANÇOISE FONVAL	207
El Conflicto Etnia-Nación en Nicaragua. Un Acercamiento Teórico a la Problemática de las Minorías Étnicas de la Costa Atlántica MANUEL ORTEGA HEGG	229
El Caso de los Bribris, Indígenas Talamanqueños. Costa Rica. GUIDO BARRIENTOS - CARLOS BORGE - PATRICIA GUDIÑO - CARLOS SOTO - GUILLERMO RODRÍGUEZ - ALEJANDRO SWABY	249
El Etnodesarrollo y la Problemática Cultural en México LEONEL DURÁN	257
El Etnodesarrollo y los Problemas de la Información en las Comunidades Indígenas del Cauca. EDGAR LONDOÑO	281
Las Asociaciones Indígenas, El etnocidio y el Etnodesarrollo DONALD ROJAS - BERNARDO JAEN - JULIO TUMIRI - JOSE CARLOS MORALES - DOMINGOS VERISSIMO MARCOS	305
Discursos de Clausura JOSÉ ALBERTO LÓPEZ - JACQUES BOISSON - JULIO TUMIRI	311

LOS POBLEMAS DEL
ETNODESARROLLO
DE UNA POBLACION
INDIA EN
AMERICA DEL SUR :
EL CASO DE LOS CUIVAS
EN VENEZUELA

Francçoise Fonval

Desde hace varias décadas, la situación de la población cuiva de los llanos de Venezuela evoluciona de manera tal que no puede dejar de preocupar a todos los que se interesan por los problemas del etnocidio y el etnodesarrollo de los grupos indios en América Latina.

Las características excepcionales de esta etnia de cazadores recolectores nómadas, su situación geográfica, económica y demográfica, lo inadecuado de las medidas que el Gobierno aplica desde hace un par de lustros para la supervivencia de este grupo, la convierten en el prototipo de población condenada a breve plazo, en el plano de la identidad étnica y también, sin duda, en el de la simple supervivencia física, si no se adoptan medidas urgentes.

1. BREVE PRESENTACION GEOGRAFICA, DEMOGRAFICA E HISTORICA

La población cuiva, objeto del presente estudio, vive en los llanos occidentales de Venezuela, no lejos de la frontera colombiana, en el interior del estado de Apure (capital San Fernando de Apure), sobre la orilla sur del Capanaparo, afluente del Orinoco.

Los llanos están constituidos por inmensas sabanas, cortadas por galerías boscosas que bordean los principales cursos de agua y lagunas. La red fluvial se multiplica de manera extraordinaria durante la estación de las lluvias, de abril a noviembre, en cuyo momento culminante queda inundada una gran parte de las tierras.

En esta región inhóspita, los venezolanos han desarrollado una ganadería extensiva para la producción de carne y la cría de caballos. La ganadería no ha alcanzado aún su punto culminante y los animales consumen tan sólo el 20% de la masa vegetal total anual. Las pérdidas debidas a las inundaciones y a las grandes sequías son cuan-

tiosas. En cuanto a la fauna de estas regiones habita sobre todo en las galerías selváticas (llamadas habitualmente "monte") y no hay muchos animales que viven exclusivamente en la sabana.

Hasta hace unos 20 años, los cuivas eran exclusivamente cazadores recolectores nómadas. El hecho merece ser destacado, ya que resulta extremadamente raro al norte del Gran Chaco. Ese nomadismo, que ha valido a los cuivas en el curso de los últimos siglos los apelativos de "guahibos nómadas" (los cuivas pertenecen a la familia lingüística guahivo) o de "gitanos de las Indias", ha tenido y tiene aún un papel determinante en el odio profundo que les profesan los criollos instalados en la misma región.

Al parecer, estos indios vivieron largo tiempo más al sur de la región que ocupan en la actualidad y hace apenas 25 años que ascendieron hasta las orillas del Capanaparo. Parte importante de los cuivas vive aún hoy en Colombia, donde se cuentan cerca de 600 individuos, mientras que en Venezuela no eran más de 300 a fines de 1980; es decir, se trata de una población verdaderamente poco numerosa, ya que no alcanza el millar de personas.

En el presente estudio nos referiremos a los grupos que habitan en el territorio de Venezuela, que conocen una suerte bastante diferente de la de sus hermanos colombianos. Cabe señalar, sin embargo, que la frontera entre Colombia y Venezuela no impide de ningún modo que los cuivas de uno y otro lado se visiten periódicamente para efectuar intercambios e informarse de su suerte.

En las crónicas que a partir de la Conquista escribieron los exploradores, aventureros y misioneros se encuentran algunas referencias a los cuivas. La exploración de la región cuiva comenzó hacia 1530, en primer término por obra de exploradores que no hicieron más que atravesar la región. Tuvieron pocos contactos con los indios, interesándose sobre todo por la conquista de El Dorado.

Se puede hablar de una verdadera colonización a partir de 1602, fecha en que una orden real autorizó la instalación de misioneros jesuitas en el Nuevo Reino de Granada. Los misioneros fundaron poblados y reservas, catequizaron a los indios y los incitaron a practicar la agricultura. Los jesuitas fueron expulsados y estuvieron ausentes de los llanos entre 1628 y 1659; después de esta última fecha volvieron a ocuparse de las aldeas que habían fundado y establecieron otras nuevas, recurriendo a veces a la fuerza, ya que "la voz del Evangelio sólo es escuchada donde los indios han oído el trueno de la pólvora" 1/. En esa época, los jesuitas trataron de convertir a los "cuybas y chiricoas" quienes constituían "los gitanos de las Indias parecidos en todo por sus costumbres y maneras de vivir a nuestros gitanos" 2/. La empresa no tuvo éxito; después de que los "cuybas y chiricoas" hicieron la guerra

contra el poblado jesuita de San Joaquín, donde vivían “achaguas” y “salivas”, a causa de la muerte del hijo de uno de sus jefes, los misioneros consideraron que era imposible convertir a los “cuybas” y libraron una lucha sin cuartel contra esos “vagabundos”.

Los jesuitas fueron definitivamente expulsados en 1767, pero otros misioneros vinieron a reemplazarlos y prosiguieron la evangelización de la misma manera: la “conquista de las almas” fue llevada a cabo por soldados pagados a tal fin. Los soldados mataban y exterminaban a los indios independientes y quemaban sus bienes, mientras las misiones prosperaban en las aldeas de indígenas agricultores y sedentarios. En cuanto a los “gitanos de las Indias”, siguieron mostrándose hostiles a toda tentativa de evangelización o sometimiento y no dejaron de atacar las reservas de las misiones, que por otra parte en su territorio sólo tuvieron una existencia efímera.

De este modo fue rápidamente suprimida la obra de las misiones, pero dejó una traza indeleble en los cuivas, quienes han conservado hasta el presente una profunda hostilidad, una desconfianza y sobre todo un legítimo temor frente a todos los invasores.

La progresiva penetración del territorio cuiwa no fue solamente obra de los misioneros, sino también, cada vez más, de los colonos ganaderos. En el siglo XIX se fundaron Elorza; del lado venezolano, y Cravo Norte, del lado colombiano: son las aldeas criollas más frecuentadas por los cuivas en razón de su proximidad. El punto de vista de los colonos siguió siendo idéntico al de los misioneros, aun cuando la mayoría de ellos no tuvo jamás ningún contacto con los cuivas, al menos hasta mediados del siglo XX. Por ejemplo, Chaffanjon escribió en 1889: “Unos salvajes particularmente feroces se han establecido desde hace unos años en la confluencia del Meta y el Orinoco; son los quiva. La tribu vivía en otra época en Colombia en la región de Casanare. Se vengaron del Gobierno que había tratado de someterlos y civilizarlos, exterminando hombres y animales. Cuando el ejército se lanzó contra ellos, se refugiaron en Venezuela y allí se quedaron” 3/. Por su parte, Gheerbrandt escribe en 1952: “Los cuivas, subgrupo de la tribu guahibo, han permanecido en estado salvaje. Refugiados en un cuadrilátero de maleza mal conocido al este de Camaragua, entre el Vichada, el Orinoco y el Meta, llevan una vida idéntica a la de sus antepasados, desnudos y cubiertos de pinturas y adornos de plumas, pues no han añadido a sus tradiciones más que la costumbre de salir de vez en cuando de su territorio para lanzar una lluvia de flechas sobre los barcos que pasan por el Meta. A veces organizan verdaderas expediciones de represalia contra los asentamientos más próximos de los colonos y pillan e incendian todo lo que encuentran a su paso 4/.

Durante este período de invasión de su territorio, los cuivas siguieron siempre el mismo método para evitar todo contacto con los invasores: se apartaban de los ríos más importantes replegándose hacia los cursos de agua secundarios. En la actualidad, el territorio cuiva está casi totalmente ocupado por los ganaderos, colombianos al sur, y venezolanos al norte.

En cuanto a los grupos que nos interesan, en la década de 1950 abandonaron la zona del Meta y del Cinaruco para instalarse en la del Capanaparo. En su nuevo territorio, lograron durante cierto tiempo evitar los contactos con los no indios (denominados "wabche" en su lengua), pues éstos los asesinaban sin piedad cuando los encontraban. En efecto, no hace mucho tiempo (poco más de 10 años) se lanzaban aún partidas de caza a los cuivas; "cuivear" significaba, por ejemplo, incendiar un lugar donde habían sido vistos los indios para forzarlos a salir al descubierto y matarlos como animales de caza.

Las primeras relaciones pacíficas entre los cuivas y los venezolanos se establecieron con un hacendado que se había instalado hacia 1960 en la orilla norte del Capanaparo, y buscaba mano de obra barata para las faenas del campo. El hacendado estableció contacto con los cuivas por intermedio de los indios yaruros, quienes eran considerados "dóciles" por los criollos, trabajaban ya para éstos desde tiempo atrás y proporcionaban a los cuivas, mediante trueque, un cierto número de productos de origen occidental.

Un primer grupo se instaló a cierta distancia del hato y algunos indios construyeron tejados y plantaron algunos bananeros. Unos años más tarde, otro grupo se estableció de igual manera algunos kilómetros más arriba, en la orilla sur del Capanaparo.

El cambio de actitud de los "hiwis" (verdadero nombre de estos indios en su lengua; la designación de cuivas, de origen desconocido, es empleada por los invasores) obedeció al hecho de que habían sido rodeados por la invasión "wabche" y también al deseo de obtener algunos productos occidentales y la protección de los "wabche" que por primera vez se mostraban bien dispuestos. Empero, el cambio se produjo no sin reticencia, sobre todo de parte de los más ancianos, muy apegados a su independencia y convencidos de que no se podía esperar nada bueno de los "wabche" que hasta ese momento sólo les habían aportado la muerte, la enfermedad y el engaño. Algunos indios se mantuvieron a distancia sin mantener contacto con los "wabche", pero de todos modos obtenían los productos occidentales que deseaban por intermedio de los indios que estaban en relación con ellos.

De este modo, se inició un proceso sin duda irreversible de sedentarización e intensificación de contactos entre los cuivas y los

criollos. Se trata de un momento clave de la historia "hiwi" a partir del cual la destrucción de la cultura de esta etnia se lleva a cabo ya no sólo por la muerte violenta y la enfermedad, sino también desde el interior.

2. LA SITUACION ACTUAL Y LA ACTITUD DE LOS OCCIDENTALES RESPECTO A LOS CUIVAS

En la actualidad, la mayor parte de los hiwis de la región de Capanaparo tienen un lugar de residencia fijo al que vuelven después de expediciones más o menos largas (de medio día a cinco meses) de caza, pesca y recolección. Quedan algunos irreductibles que nunca aceptaron construir otra cosa que los precarios refugios tradicionalmente utilizados por todos para protegerse de la intemperie durante una o más noches. Los hiwis conservan un gran apego a su vida nómada, y puedo decir que entre los momentos en que los vi más felices hay que contar, los instantes en que se preparaban para partir en una expedición en canoa (el 90^o/o de las grandes expediciones se hace en canoa).

El hacendado que pidió a los cuivas que trabajaran regularmente para él no sólo los indujo a construir refugios permanentes, sino también a llevar vestimentas occidentales (hasta ese momento los hombres y las mujeres llevaban taparrabos de corteza y fibra de palma), introdujo alimentos nuevos como el azúcar, la sal, el arroz, las pastas, el alcohol, y objetos como los machetes, cuchillos, tejidos, cigarrillos, tabaco de mascar, jabón, perfume, etc. Este hacendado y otro de los alrededores adoptaron respecto de los cuivas una actitud "protectora" y como ellos mismos dicen en la actualidad "civilizadora" o, más bien, "domesticadora"; el término "amansar" es empleado todavía con frecuencia, incluso por los hiwis, que ignoran su significación despectiva. El hacendado, enseñó también el español a unos niños y los rudimentos de la cría de ganado, a fin de hacer de ellos buenos trabajadores agrícolas.

Conociendo su debilidad por la comida, un hacendado invitó en diciembre de 1967 a los cuivas a venir a comer a su establecimiento "La Rubiera". Algunos de los indios que se presentaron en respuesta a la invitación fueron encerrados en una habitación y asesinados a tiros y golpes de machete. Dieciséis hiwis de las tribus venezolanas fueron asesinados de este modo. Dos lograron escapar, uno de los cuales murió más tarde y el otro forma parte de mi grupo de adopción. Un sacerdote dominicano español, que en 1963 había sido nombrado cura de Elorza, la aldea criolla más próxima de las tribus del Capanaparo,

se interesaba por los hiwis desde tiempo atrás y decidió denunciar la matanza. Los Gobiernos de Venezuela y Colombia tuvieron conocimiento del asunto. Se llevó a cabo un proceso que concluyó con la liberación de los nueve asesinos colombianos y una pena de prisión para los dos venezolanos. Cabe subrayar que el veredicto que dispuso la liberación de los colombianos se logró sobre la base del argumento de que los asesinos no sabían que estaba mal matar a los cuivas. El veredicto produjo un escándalo internacional: años más tarde se llevó a cabo un nuevo proceso y esta vez los colombianos fueron condenados a penas de cárcel.

Cabría pensar que el escándalo provocado por este asesinato en masa, que había sido precedido por muchos otros igualmente infames, sólo pudo tener consecuencias favorables para los indios. Pero si por un lado se abandonó efectivamente, por miedo a las represalias oficiales, la costumbre de "cuivear", por otro se exacerbó el odio a estos vagabundos a quienes ni siquiera se podía ya expulsar de la región. Además, esta población india se había convertido en objeto de la atención de las autoridades y se la quiso civilizar oficialmente.

A raíz de estos sucesos, el Gobierno de Venezuela decidió conceder tierras a los cuivas para que pudieran dedicarse a la agricultura y la ganadería en el marco de un proyecto del Instituto Agrario Nacional (IAN) y del Centro de Desarrollo Indígena de la Fundación La Salle (católica). Se adquirió la propiedad donde el hacendado "protector" de los cuivas había establecido recientemente el hato Carabalí, con 15.000 hectáreas de tierra, en la orilla sur del Capanaparo. En la región hay una propiedad de 77.000 hectáreas y otras de extensión mayor o menor; por lo general, pertenecen a una sola familia. El hato y una parte de las tierras fueron concedidas a los cuivas en 1972.

Un grupo de hiwis había establecido ya viviendas en esas tierras, pero el cura decidió congrega a todos los hiwis de Venezuela para que formaran allí una especie de comunidad agrícola, cuya protección esperaba asumir desde su parroquia de Elorza.

El proyecto IAN-La Salle era una tentativa de integrar una población indígena en el contexto nacional mediante un programa de desarrollo agropecuario cuya ejecución se llevará a cabo paralelamente a un proyecto global de promoción humana que pondrá particularmente énfasis en los sectores siguientes: desarrollo de la comunidad, educación, sanidad. 5/.

El autor que acabamos de citar (de la Fundación La Salle), que participó en el proyecto inicial, hacía notar algunos puntos importantes que debían respetarse en su aplicación entre los cuivas:

1. Estructuras familiares y comunitarias.
En virtud de los principios de pluralidad y complementaridad culturales, habrá de salvaguardar todas aquellas estructuras que sean compatibles con las medidas de promoción ratificadas por los propios indígenas, aun cuando se trate de instituciones diferentes a las nacionales o regionales en cuanto a su organización formal.
2. Estructuras políticas.
Los organismos de desarrollo, siendo estructuras esencialmente complementarias, tendrán que actuar a través de las instituciones sociopolíticas existentes. El predominio de las mismas debe ser plenamente respetado en todo lo que pueda afectar el destino y la evolución de la comunidad.
3. Estructuras espirituales.
Siendo todavía desconocido el contexto espiritual de la cultura cuiva 6/ es imprescindible recoger ante todo los elementos cognoscitivos que se refieren al mundo mágico-religioso aborígen. Mientras tanto, es preferible abstenerse de intervenciones moralizadoras frente a determinados comportamientos cuiva ya que todavía desconocemos el significado y las funciones internas de la conducta cuiva.
4. Estructuras lingüísticas y educativas.
El programa educacional tendrá en cuenta que la importancia de las lenguas indígenas en general no estriba meramente en su aporte literario, sino también en que contribuye —en función de distintas modalidades léxicas, morfológicas y de sintaxis— a la formación de categorías específicas de percepción y de análisis de la realidad.
Dada la posición que ocupa el propio idioma en la cultura, la educación promocional efectuará la primera alfabetización en la lengua materna y establecerá el bilingüismo como base pedagógica fundamental.
La educación tendrá que compaginarse además con las características culturales de la sociedad, adoptando esquemas flexibles de enseñanza en los cuales el aspecto artesanal deberá ocupar una posición primordial. A fin de que la educación no sea un instrumento de alienación individual y cultural, es imprescindible que, paralelamente a una formación escolar incipiente de tipo formal, se elaboren patrones artesanales y técnicos para una adaptación flexible de la cultura al medio ambiente.

5. Estructuras económicas y materiales.

Por la dignidad misma de la persona indígena, la promoción material y económica deberá adoptar como política uniforme, en todos los renglones, el de suministrar retributivamente los varios servicios y bienes necesarios para el desarrollo local, a excepción posiblemente de los grandes proyectos que podríamos denominar de utilidad pública.

La promoción se llevará a cabo con la participación directa de los propios indígenas, quienes intervendrán —en la medida de lo posible— en las secuencias de delimitación de objetivos en la programación. (. . .)”

A esta declaración de intención conviene añadir un párrafo, cuyo contenido nos parece importante:

“Paralelamente a la promoción cuiva, es imprescindible emprender también un vasto programa de motivación de la población criolla de la región, cuya colaboración, neutralidad o enemistad frente a las poblaciones indígenas de la zona son elemento clave en el éxito o en el fracaso de la programación esbozada. 7/.

En la realidad, después de la elaboración del proyecto y bajo la tutela del cura de Elorza, un segundo grupo de hiwis vino a agregarse al que ya se había establecido en las tierras del hatu Carabalí. Ello ocurrió durante la estación seca, a fines de 1972. Por mi parte, comencé a compartir la vida de los indios en diciembre de ese año.

En ese momento, un grupo de 174 cuivas vivía en ese lugar llamado “El Manguito”, que el cura había rebautizado “San Esteban de Capanaparo” en el curso de una ceremonia religiosa. El grupo establecido en el lugar desde unos años atrás mantenía relaciones de trabajo-recompensa e intercambios con el hacendado que los había invitado a venir, y también con el cura. Este último procuraba dirigir los trabajos agrícolas de todos los cuivas, apoyándose en la autoridad de un jefe único nombrado por el hacendado. Pero los hiwis carecen de organización política centralizada. El jefe de cada “casa” (todas las personas que comparten el mismo techo, formando según los casos una familia nuclear o una familia extensa) decide por todos sus miembros. Es cierto que algunos jefes tienen un ascendiente mayor que otros. Pero, en realidad, la noción misma de autoridad es ajena a los hiwis; sería más exacto hablar de respeto por quien caza mejor, por el que tiene una familia importante o conoce mejor su cultura. Este error táctico fue causa de tensiones con el segundo grupo que se sintió relegado. Ade-

más, cada uno de los grupos temía las brujerías del otro y existía un clima de desconfianza poco propicio para establecer una comunidad agrícola única. Y al comienzo de la estación de las lluvias, el grupo menos favorecido inició una expedición nómada (de acuerdo con la costumbre hiwi en dicha estación). . . no sin antes haber incendiado el bananal.

En ese período que se podría denominar “paternalista”, los cuivas habían contraído ciertos hábitos que habrían de marcar sus relaciones con los criollos en los años que siguieron, cuando las diferentes comisiones indigenistas iniciaron una fase de “promoción” activa entre los indios. Por ejemplo, para que se ocupen de su propia agricultura, se hacen regalos (consistentes sobre todo en alimentos) a los más meritorios o “civilizados”. Fue exactamente una actitud de este tipo la que se siguió a partir de fines de 1973, cuando fueron nombrados sucesivamente varios “promotores” criollos que tenían formaciones diversas (obrero agrícola, licenciado en sociología, auxiliar de enfermería, perito agropecuario, o simplemente sin trabajo). Los promotores desempeñaban sus puestos durante lapsos variables; en principio, debían residir en el hato Carabalí, pero se limitaban las más de las veces a efectuar cortas visitas sin tratar, salvo en un caso, de conocer la organización social de los cuivas, su lengua, sus necesidades reales y sus deseos. Los promotores mantuvieron un contacto obligadamente frecuente con la treintena de hiwis que vivían en el hato Carabalí; sólo encontraban a los miembros de los demás grupos que acudían a la hacienda para pedir alguna cosa y raramente visitaban a los hiwis que vivían a orillas del Capanaparo (el hato se encuentra al sur del río, varios kilómetros hacia el interior).

Se plantearon numerosos problemas entre los promotores y el cura. Este último deseaba seguir dirigiendo desde Elorza los asuntos de los cuivas, y los promotores pensaban en su mayoría que debían ser los únicos dueños en el plano local y responder de sus actos sólo ante sus jefes de San Fernando de Apure y Caracas. También ocurrieron numerosos incidentes con los indios, quienes eran víctimas del engaño, el desprecio y a veces de malos tratos; sobre todo, eran utilizados unos contra otros mediante el favoritismo en la distribución de alimentos y productos occidentales; fueron también objeto de amenazas, sobre todo en relación con la denuncia de sus diversas transgresiones y en especial el robo de ganado (conociendo el terror que los indios tienen a los “guardias” y otros militares (cabe medir el desequilibrio que esos métodos podrían acarrear).

Sin embargo, sería injusto dejar de reconocer que en este período en el que pudimos observar la introducción y aplicación de las políticas indigenistas entre los cuivas (julio de 1973 a enero de 1981)

con la presencia más o menos prolongada de numerosos promotores, algunos de éstos llegaban con la intención de servir a los intereses indios; pero su ignorancia del mundo, de las estructuras sociales y de la lengua hiwis, las difíciles condiciones climáticas, el aislamiento, los problemas de comunicación, la hostilidad del medio criollo y la fuerza de la maledicencia terminaban por doblegar su buena voluntad.

En 1976, se creyó también en las altas esferas que podría resultar positivo hacer la experiencia de nombrar a promotores indígenas tomados de la propia población cuiva. Cuatro indios fueron elegidos. El primero pertenecía al grupo de Carabalí, tenía cuatro hermanos mayores de los cuales el mayor, Ompän, era desde muchos años atrás el hombre más escuchado y respetado, no sólo de los indios de Carabalí, sino también de los que ocupaban las orillas del Capanaparo aguas arriba. El segundo promotor indio fue elegido precisamente en este último grupo; era el jefe de una pequeña "casa". Estos dos primeros indios fueron elegidos simplemente porque se mostraban bien dispuestos hacia los promotores criollos. No hablaban el español y lo comprendían muy poco. Los otros dos promotores fueron elegidos en mi grupo de adopción. Pertenecían a una "casa" dirigida por el segundo marido de la madre. Comprendían y hablaban muy bien el español y conocían el medio criollo donde habían vivido largos períodos, razones por las que fueron elegidos. Es decir, que en estas elecciones no se tuvo para nada en cuenta la organización política hiwi, ni a los hombres que disfrutaban entre ellos de verdadera autoridad. Por cierto, los promotores criollos no tenían la menor idea de la organización de la gente con la que tenían que trabajar.

Los cuatro promotores indios habían de percibir un salario por dirigir, bajo la autoridad de los promotores criollos, los trabajos agrícolas de sus hermanos. En un momento, se pensó también en formar a uno como ayudante enfermero y a otro como maestro.

El indio del grupo de orillas del Capanaparo fue destituido de sus funciones tan pronto como se vio que los demás hiwis no lo escuchaban. El indio de la hacienda Carabalí pasó a ser una suerte de ayudante de los promotores criollos, a quienes acompañaba y ayudaba en sus viajes. Los dos hermanos elegidos en mi grupo tomaron en serio su papel, sobre todo el más joven. Su conocimiento de la lengua y el mundo criollo les conferían un cierto ascendiente sobre su grupo. Pero no por eso dejaban de respetar el sistema de distribución hiwi y con frecuencia efectuaban expediciones de caza y recolección. Denunciaban las faltas de abastecimiento de alimentos y reclamaban que se cumpliera lo prometido. De ese modo, surgieron tensiones con los promotores criollos, quienes comenzaron a acusar de todos los males al grupo de los dos indios, en cuyo territorio por otra parte nunca se

dignaron poner los pies. Los promotores criollos llegaron a hacer encarcelar a los dos hermanos durante dos meses en San Fernando de Apure, adonde los habían llevado so pretexto de entregarles su sueldo. Los habían denunciado como responsables de robo de ganado.

La experiencia con los promotores indios duró casi dos años y fue suprimida cuando cambió el gobierno y por consiguiente el personal de la Comisión Indigenista.

En efecto, en Caracas, la Comisión Indigenista cambia todo su personal y su orientación política con cada nuevo gobierno. Durante un tiempo, bajo el nombre de Oficina Ministerial para Asuntos Fronterizos e Indígenas (OMAFI), la Comisión se ocupó de la protección de las fronteras (en Venezuela los indios viven sobre todo en las regiones fronterizas). Más tarde se hizo hincapié en la educación, cuando la Comisión Indigenista que había dependido mucho tiempo del Ministerio de Justicia quedó afectada al Ministerio de Educación. Con tal motivo, la Comisión pasó a estar integrada en su mayoría por maestros y profesores. Fueron apartados los sociólogos y antropólogos y toda la política indigenista se orientó a la escolarización de los indios. En principio, esta escolarización debía efectuarse en la lengua india y en español. En el caso de los cuivas, a falta de personal competente, hubo una breve tentativa de escolarización en lengua española. Con tal motivo se enviaron materiales (pupitres, cuadernos, lápices, etc.) al hato Carabalí. Una ínfima parte del material llegó a su destino y al cabo de algunos meses no quedaban trazas del mismo: todo había sido vendido, tomado o regalado. El único remanente de esta tentativa fue una especie de melopea que se escuchaba a menudo al caer la noche: "uno, dos, tres, doce, quince. . ." o "a, b, c, j, z. . ." y sobre todo la nostalgia de llegar a ser "guardias" con uniforme y armas. . .

Mediante otro proyecto se quiso aportar un cierto bienestar a los cuivas, que preparan siempre sus alimentos sobre fuego de leña. Se enviaron calentadores de querosén a razón de uno por familia, así como machetes, cuchillos. . . También en este caso muy poco material llegó a su destino. La corrupción de los intermediarios hizo que se volatilizara la mayor parte y lo que llegó fue vendido, tomado o solicitado por los "wabches" (con arreglo a su ética, los hiwis no rehúsan nunca lo que se les pide). Cabe agregar que de todos modos en ese lugar no hay querosén y los cuivas no tienen dinero para comprarlo en el pueblo.

Una de las consecuencias de estas medidas fue que la población criolla pobre de Elorza se quejara de que el gobierno se mostraba demasiado generoso con los cuivas, esos inútiles, y se sintiera postergada.

En realidad, después del escándalo de La Rubiera, y sobre todo a partir de 1974, en Caracas se ha manifestado siempre interés por los

cuivas, ya en la perspectiva de una preocupación real por la supervivencia étnica del grupo al que se había gravemente amenazado, ya más frecuentemente con el propósito de "solucionar el problema" que estos indios plantean a los ganaderos y a la población criolla con la que están en contacto. De todos modos, con buenas intenciones o no, en Caracas se han destinado para los cuivas millones de bolívares de los que sólo una ínfima parte llegó a manos de los indios en forma de bienes, alimentos o medicamentos. Además, los productos occidentales que debían en principio ser distribuidos (sobre todo los alimentos) para que se pudiera realizar un trabajo agrícola, a menudo eran y (son) cambiados por tortugas, huevos de tortugas, hamacas y utilizados para recompensar a los "mejores", los más disciplinados, en oposición a los "malos": los que siguen efectuando sus expediciones de caza y recolección y se niegan a obedecer. Por último, los alimentos y demás bienes llegan tan sólo en forma muy irregular, lo que ha motivado muchas quejas de los promotores. De manera que los indios no tienen ninguna confianza en las promesas que se les hacen y además no pueden satisfacer sus necesidades: por ejemplo, la sal, o caso más dramático, la leche en un lactante alimentado con leche en polvo. Más de una vez ha sucedido que la madre ya no tiene leche porque ha dejado de amamantar hace tiempo, y tampoco dispone de leche en polvo. En ese caso sólo cabe esperar que el niño sea ya bastante grande como para ingerir alimentos sólidos.

Es claro que los proyectos de fomento indígena que se preparan en Caracas no están destinados a este tipo de aplicación, pero Caracas queda lejos y la situación de los hiwis en estos llanos tan mal conocidos resulta especialmente compleja y difícil. De todos modos, cabe señalar que el proyecto IAN-La Salle, único que tomaba en cuenta los conocimientos que se poseen sobre la población hiwi, no ha sido aplicado y que el documento lingüístico de J. Mosonyi 8/ no ha sido utilizado nunca en el marco de estos proyectos como tampoco los artículos y conocimientos de la autora del presente estudio.

Por otra parte, para trabajar con los cuivas y hacer posible su etnodesarrollo, es indispensable tener en cuenta la población criolla con la que los indios tienen hoy día inevitablemente que mantener relaciones de intercambio y de trabajo.

Se trata de algunos propietarios rurales muy ricos establecidos desde hace largo tiempo en la región, donde poseen un enorme número de cabezas de ganado vacuno y equino; de algunos ganaderos que en los últimos 20 ó 30 años se establecieron con el deseo de enriquecerse rápidamente; y de toda una población de vaqueros (en su mayoría hombres jóvenes solteros), pequeños campesinos y ganaderos y algunos comerciantes. Cualquiera sea su procedencia, todos ellos se han educado en el

temor y el desprecio del indio, sobre todo del cuiva que a lo largo de los siglos ha conservado una reputación persistente de "indio malo y salvaje". Se trata de un miedo auténtico, como he podido comprobar en diversas oportunidades en que pedí a un criollo de la región que me transportara hasta el lugar en canoa o jeep y me encontré con que me depositaban a cierta distancia del sitio donde debía encontrar a los hiwis. Mi acompañante me dejaba con mi equipaje y de inmediato daba media vuelta. El hecho de que yo estuviera siempre desarmada no era suficiente para vencer su aprensión. Algunos promotores estuvieron siempre armados. Por último, cuando los criollos (en la actualidad con raras excepciones) se acercaban en jeep o en bote de motor a un paraje donde están los cuivas, no hacen siempre armados hasta los dientes, lo que naturalmente no contribuye a disipar el miedo que los hiwis a su vez les tienen a los criollos.

A esta situación se añaden el deseo de expansión de los colonos ganaderos (hace poco que se construyó un hato sobre la orilla norte del Capanaparo, cerca de donde viven los hiwis) y su temor de que los indios les roben el ganado. Por otra parte, los cuivas rehúsan trabajar para los criollos, excepto por períodos muy cortos y en los hatos amigos.

A la luz de estas observaciones puede verse que existe un hiato aparentemente insalvable entre las decisiones tomadas en la capital y su aplicación local. El establecimiento de relaciones igualitarias entre los hiwis y los criollos no será posible mientras estos últimos sigan considerando que los indios no son seres humanos racionales y el miedo mantenga sus raíces en ambos campos.

Debo recordar que en 1974 un niño hiwi de seis años fue asesinado de un tiro de revólver por un criollo, contra quien nunca se tomaron medidas. Varios indios adultos resultaron heridos por armas de fuego en los años siguientes. Por último en 1980 un hiwi fue asesinado a quemarropa por militares venezolanos. El mismo día, otros indios escaparon a la misma suerte zambulléndose en las aguas fangosas del Capanaparo.

3. EL PUNTO DE VISTA HIWI

En la actualidad, el hiwi entra cada vez más en contacto con el mundo de los criollos, que estos últimos califican de "blanco y racional" en oposición a la "negritud e irracionalidad" del mundo indio. Estas ideas están cargadas de un profundo desprecio, cuando no de un odio muy vivo, en boca de los criollos.

Los sentimientos más manifiestos de los hiwis con respecto a los criollos son una mezcla de miedo y atracción. Se sienten atraídos por

todos los productos occidentales que parecen hacer más agradable la vida. Botes de motor, caballos, ganado, automóviles, aguardientes, cigarrillos, tabaco de mascar, cacerolas y marmitas, fusiles y revólveres, cuchillos y machetes, linternas y tantos otros objetos que ejercen sobre ellos una verdadera fascinación, para no hablar de los alimentos y, sobre todo, los dulces. Todo ello conduce a los hiwis a buscar la compañía de los occidentales capaces de proporcionarles estos productos y explica sus visitas cada vez más frecuentes al poblado de Elorza.

Al mismo tiempo, sienten un gran temor de esos seres que los matan, persiguen y les roban sus tierras; que faltan a su palabra, engañan y traicionan constantemente. Hay un miedo manifiesto frente a esos hombres armados que hacen sentirse al indio tan vulnerable, pues no dispone aún de otra cosa que de arcos y flechas; los criollos han impedido siempre que los hiwis posean armas de fuego.

No por ello los hiwis dejan de abrigar la convicción profunda de la sensatez, el equilibrio y la superioridad de su cultura. Para ellos, el criollo es un degenerado, en especial en la esfera del matrimonio, ya que se casan con cualquiera. Pero sobre todo el criollo se caracteriza por su falta de generosidad; acumula grandes cantidades de cosas de todo tipo y las guarda para él, no distribuye el producto de su caza, su pesca y su trabajo; en suma, no tiene ningún sentido social desde el punto de vista hiwi.

Además, estos indios no comprenden ni aceptan las injerencias criollas en sus problemas internos. Así ocurrió, por ejemplo, cuando una mujer murió como consecuencia de un golpe que le había dado el marido. Pocos días después, los indios que vinieron a la aldea se enteraron de que los guardias vendrían a buscar al culpable, ya que el promotor criollo lo había denunciado. En esta oportunidad, los hiwis me dijeron con lujo de detalles que no comprendían ni admitían que los "wabches" se metieran con ellos, cuando ellos no intervenían para nada en los asuntos criollos. Y durante un tiempo el indio amenazado vivió escondido en la selva.

Desde el comienzo de la colonización de su territorio, los hiwis han tenido y siguen teniendo el papel de chivos emisarios de todos los incidentes (robos, asesinatos, etc.) que ocurran en la región. No se trata de convertirlos en santos. Sin duda, han cometido delitos, pero he podido comprobar que nunca atacaron el ganado o los cultivos de las haciendas cuyos habitantes tenían una disposición amistosa.

Aún hoy, los hiwis, sobre todo los de más edad, conservan la nostalgia y hablan a menudo de los viejos tiempos cuando practicaban exclusivamente el nomadismo de caza y recolección. Ello no sólo a causa de su pasión por el nomadismo en sí, sino también porque se trata-

ba, están todos de acuerdo, de un período de abundancia. Como perfectos conocedores de la región, su fauna y su flora, sabían dónde y en qué momento encontrar los animales, peces, y tubérculos, frutos y miel, y podían satisfacer todas sus necesidades con poco esfuerzo. Sus actuales métodos de caza dan cuenta aún de esta antigua falta de preocupación. Al igual que la mayoría de las poblaciones nómadas, su cultura material era poco importante y no tenían ninguna dificultad en encontrar las materias primas indispensables: hojas de palma para las fibras, madera y caña brava para las canoas y flechas, corteza de árboles, etc.

Los hiwis encuentran la mayor parte de estas materias primas en las galerías boscosas, donde también se desarrolla la parte más importante de sus actividades de caza, pesca y recolección. Por esta razón, vivían en forma nómada a lo largo de los cursos de agua.

Es evidente que este modo de vida exige grandes espacios. En la actualidad, al invadir las tierras hiwis los ganaderos y hacendados, se han reducido considerablemente las posibilidades de desplazamiento de los indios. Cabe señalar, empero, que los criollos se interesan sobre todo por la sabana, mientras que los hiwis se concentran en las galerías forestales: se habría podido establecer una coexistencia pacífica que respetara ambos modos de vida, si los criollos hubieran aceptado que los cuivas atravesaran sus tierras. . .

Por otra parte, los "wabches" se dedican a la caza y la pesca con medios mucho más eficaces que los arcos y flechas indios. Persiguen especialmente ciertas especies que en la actualidad están en vías de extinción, como sucede con los caimanes (cuya carne comen los indios) buscados por su cuero, y con una especie de oca blanca apreciada por sus plumas. Aún hoy, algunos criollos se entregan a la caza en forma inmoderada por el solo placer de hacerlo, a pesar de una prohibición gubernamental. Pude ver, por ejemplo, que un grupo de hombres mató en dos jornadas 17 ciervos —machos, hembras y jóvenes— que en su mayoría dejaron podrir sobre el lugar. En cambio, resulta sumamente difícil cazar los ciervos con arco y flechas. . .

Los intercambios que se llevan a cabo entre los criollos y los hiwis son a veces de una escandalosa desigualdad y los indios lo saben. Así ocurre, por ejemplo, con los huevos de tortuga que algunos criollos piden a los cuiva les recojan, vienen a buscarlos en jeep y se los llevan por centenares o millares a cambio de tabaco de mascar, alcohol, pan seco, sal, arroz o ropas usadas. Otras veces los propios indios van a Elorza haciendo una jornada a pie para llevar tortugas, huevos o incluso una hamaca que han fabricado: también en esos casos reciben una retribución ridícula, pero tienen tanto interés por conseguir ciertos productos occidentales, que se ven obligados a acep-

tar las condiciones impuestas por los criollos. En la aldea, se dedican muchas veces a la mendicidad y no vacilan en cometer alguna ratería: de ese modo se perpetúa su mala reputación.

Es evidente que el hiwi desea y tiene ahora necesidad de un cierto número de productos occidentales como la sal, las marmitas, los tejidos, etc. En cambio, prescindiría con gusto de otros productos, como las láminas de zinc para las techumbres: prefiere con mucho las hojas de palma que permiten construir abrigos frescos y agradables, y a la vez eficaces contra el viento y la lluvia. Pero, en Venezuela, en el actual territorio hiwi no hay apenas palmeras; para encontrarlas hay que dirigirse al sur a varias horas de marcha de los sitios donde ahora los indios elevan sus techumbres. . . Para construir un techo es necesario efectuar varias expediciones a pie en la sabana, bajo un sol de plomo; además, los indios tienen que atravesar una zona donde los hacendados les son especialmente hostiles y no vacilan en tirar contra ellos. Los promotores habrían podido fácilmente utilizar el jeep—camioneta que el gobierno ha puesto a su disposición, y con la ayuda de los indios transportar algunos cargamentos de hojas de palma necesarios para los techos. Pero prefieren encargar láminas de zinc de Caracas o San Fernando de Apure que, naturalmente, desaparecen en su mayor parte antes de llegar a su destino. Las láminas que llegan son de mala calidad, se oxidan, se rompen y deben ser reparadas constantemente.

Uno de los principales deseos de los hiwis consiste en poder tratar de igual a igual con los criollos y obtener un precio justo por los productos que venden, en vez de ser casi siempre engañados y expoliados. De ese modo, estarían sin duda mejor dispuestos a efectuar trabajos agrícolas, pues éstos, bien llevados a cabo, podrían producir un complemento apreciable —y hoy día necesario— para su alimentación y además podrían vender los excedentes. En esta región de agricultura muy poco desarrollada, no sería difícil encontrar salida a la producción hiwi.

Pero sobre todo, los hiwis desean poseer ganado vacuno y caballar como toda la población criolla que los rodea. A partir de 1971, el cura, y más tarde el personal de la Comisión Indigenista, prometieron en repetidas ocasiones, conseguirles cabezas de ganado e incluso los hicieron construir los cercados donde habrían de ubicarlas. . . Desde hace apenas tres años los hiwis poseen unos 50 animales conservados en el hato Carabalí bajo la vigilancia de los promotores. ¡Unas 50 cabezas para cerca de 300 personas, mientras las haciendas vecinas cuentan con centenares y millares de cabezas! Y ello después de que en Caracas se han desembolsado sumas importantes, en varios proyectos sucesivos,

para comprar ganado vacuno y equino, aves de corral, cerdos. . . ¿Dónde fueron a parar el dinero y los animales? En todo caso, los cuivas no los recibieron.

En cuanto a la medicina, los grupos hiwis de Capanaparo han perdido gran parte de sus conocimientos tradicionales. Pese a un cierto fatalismo y a determinadas creencias, recurren cada vez más, cuando pueden, a la atención médica y a los medicamentos occidentales. Han recibido atención médica de diversas personas, en especial de un médico que vivió en la región durante casi tres años. Pero esta atención tuvo sólo un carácter episódico, mientras que las relaciones con los criollos son fuente de enfermedades catastróficas para los indios, quienes son especialmente sensibles a las infecciones de las vías respiratorias y algunas enfermedades epidémicas que no conocían hasta hace poco. Además, los medicamentos enviados con destino a los cuivas eran a menudo distribuidos o vendidos a los criollos. La mayor parte de los médicos y enfermeras evitaban el contacto con los indios. Mencionaré dos casos de los que fui testigo:

En 1973, en la estación seca, un médico vino en jeep hasta la orilla del Capanaparo, frente al lugar que ocupaba entonces mi grupo de adopción. Me hizo llamar y me preguntó a gritos desde la otra orilla si había observado casos de sarampión en la comunidad indígena. Le respondí que no y partió a toda velocidad sin tratar de verificar personalmente el estado de salud de la población y sin preocuparse de los enfermos que había. . .

En otra ocasión, en 1978, también en la estación seca, un joven médico vino a hacer su visita reglamentaria a los hiwis; venía acompañado de dos enfermeros. Le pedí que examinara a dos mujeres jóvenes cuyo estado era alarmante. Se limitó a alzar el mosquitero que cubría la hamaca de una de las mujeres y se volvió hacia mí para decirme riendo: “¿No se da cuenta de que es una comedia? Estos indios no tienen nada, le cuentan historias. ¡Son unos haraganes, eso es todo!” Y se fue. Pero unos días más tarde una de las indias entró en coma. Por casualidad pasaron unos cazadores para saludarme y aceptaron llevar a las dos mujeres en su jeep. Yo los acompañé. En el pequeño hospital de Elorza encontramos al joven médico quien a la vista de las indias tuvo un acceso de ira. Aceptó tratarlas sólo cuando lo amenacé con denunciarlo por denegación de auxilios a persona en peligro. Exigió que me quedara para servirle de intérprete y efectuó una comunicación por radio para lograr que una avioneta viniera a buscar las enfermas para llevarlas a San Fernando de Apure. Entre tanto, exigió que me encargara de su alimentación, pues según dijo “no disponía de presupuesto para los indios”.

Los hiwis están animados aún por un sentimiento profundo de impotencia y de miedo ante estos invasores que poco a poco les han tomado sus tierras y poseen riquezas y armas contra las que los indios no pueden luchar.

El miedo es constante. Cuando los hiwis oyen un ruido de motor que se acerca (avioneta, bote de motor o jeep) cesan todas las actividades y espían a los recién llegados. Si se trata de "wabches" conocidos y amigos, algunos indios van a recibirlos para saber qué desean y pedirles alimentos y ropas. Pero si no los conocen o se encuentran en un período de tensión con los criollos, el miedo va en aumento. Todos los indios se aprestan a la fuga y los hombres preparan sus arcos y flechas. Desde que los conocí en 1972, los hiwis han vivido durante largos períodos ocultos en las zonas selváticas después de incidentes con los criollos o de amenazas proferidas por estos últimos. De este modo, en los últimos cinco años estos indios han cambiado todos su lugar de residencia, con excepción de la hacienda Carabalí. Sus desplazamientos fueron siempre la consecuencia de problemas con la población criolla o con los promotores, y aunque no se alejaron mucho se ubicaron de manera que sus tejados no fueran visibles desde el Capanaparo y su orilla norte.

Por otra parte, cuando en el curso de una expedición en canoa los hiwis oyen el ruido de un bote de motor, se detienen para disimular sus canoas y ocultarse en la selva, en espera de que pasen los "wabches", los únicos que poseen botes de motor. En efecto, estos últimos ya no disparan sistemáticamente contra los indios, pero muchas veces se divierten pasando lo más cerca que pueden de la canoa de los indios para que zozobre. . .

Por último, hay que señalar que para los hiwis la invasión criolla resulta totalmente irreversible. La han asimilado en sus mitos y creencias, y piensan que después de morir renacen como "wabches", lo que explica su progresiva desaparición y la multiplicación de los criollos. . .

CONCLUSION

En el curso del presente estudio, se ha podido ver que la situación de los hiwis no es envidiable. Su reducido número, su modo de vida y su situación geográfica hacen de ellos una población especialmente expuesta a todas las agresiones del mundo occidental: las más evidentes, como la enfermedad y la muerte violenta, pero también las que, so pretexto de la integración, crean una dependencia o rompen el equilibrio de la sociedad india.

Mientras se trate de imponer desde el exterior un modelo de desarrollo sólo podrán seguir perpetrándose errores fatales para la cultura hiwi.

En el presente estudio, he señalado varias veces cómo principios inicialmente positivos podían verse deformados en su aplicación. Ello se debe a que nunca se tuvieron en cuenta ni los deseos de los hiwis ni la mentalidad de la población con que tienen que tratar.

El hiwi considera que el "wabche" es un ser diferente en los planos social y cultural, con el que desea establecer relaciones igualitarias en lo económico para que las relaciones de fuerza que existen en todas las demás esferas se vean también modificadas.

Por su parte, el criollo de los llanos considera que el hiwi es un ser inferior, racialmente diferente; no otorga ninguna importancia a su cultura y organización social. . . cuando se digna tenerla en cuenta. A sus ojos, se trata pues de un ser que hay que eliminar o someter. Unos diez años de política indigenista no han logrado modificar esa actitud. Ahora bien, mientras no se lleve a cabo un trabajo a fondo, y mientras se siga considerando a los hiwis como asistidos, todas las buenas resoluciones adoptadas en Caracas, todo el dinero invertido en el etnodesarrollo indígena vendrán a descomponerse en una situación falseada, y el deterioro de la situación ya hoy alarmante de la población hiwi de Venezuela no dejará de acentuarse.

NOTAS

- 1/ Cartas edificantes de la Compañía de Jesús, Madrid, 1757.
- 2/ Padre José Cassani: Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada en la América. Madrid, 1741, Imprenta y Librería de Manuel Fernández.
- 3/ Chaffanjon, J. L'Orénoque et le Caura. París, 1889, Hachette.
- 4/ Gheerbrandt, Alain: L' expédition Orénoque—Amazone 1948-1950. París, 1952. Gallimard.
- 5/ Coppens, W., Los Cuivas de San Esteban de Capansparo. Fundación La Salle de Ciencias Naturales, Caracas, 1975.
- 6/ Estas recomendaciones se basan en un trabajo sobre el terreno que duró dos meses, en 1969 y 1970. A mi vez, entre 1972 y 1981 y en el curso de cinco períodos, efectué casi tres años de investigaciones sobre el terreno entre los cuivas. Como fruto de mis observaciones, elaboré una tesis de doctorado y varios artículos; hay otros documentos en preparación (Nota del autor).
- 7/ Coppens, W., op. cit., pág. 10.
- 8/ Mosonyi, Jorge C., Introducción al estudio de la lengua Cuiba, Caracas, 1975.